



HOGARES DON BOSCO
FORMACIÓN CRISTIANA

ETAPA III

**DE LA CASA DE MARÍA A
NUESTRAS CASAS: SU
MISERICORDIA DE GENERACIÓN
EN GENERACIÓN**

**VII Congreso Internacional de María
Auxiliadora (Agosto 2015)**

Don Roberto Carelli

1. De la casa de María a nuestras casas: Su misericordia de generación en generación

Don Roberto Carelli

ORACIÓN

Para comenzar nuestra reunión lo hacemos con la lectura del Evangelio del día.

Querido padre, Don Bosco, concédenos la gracia de sentirte como padre, maestro y amigo; y llévanos a amar a María Inmaculada y Auxiliadora como tú la has amado, como Madre y Maestra, y enséñanos a poner en Ella, como guía en el camino y sostén en nuestras pruebas, una confianza plena y filial.

Introducción

Pretenden hacérselo olvidar, pero **qué importante es tener padres y madres**: ¡nos dicen que nuestra vida es querida, acogida, amada, preciosa! Tener un padre, una madre significa pertenecer, tener un origen y un destino, disfrutar de una vida quizá difícil, pero llena de sentido, disponer de una autoridad y de un afecto incondicionado capaces de sostenernos en las más grandes pruebas de la vida. Lo saben muy bien quienes han tenido esta experiencia desde pequeños, y aunque dolorosamente, también aquellos a quienes esta experiencia les fue negada o herida.

Para nosotros, cristianos, sea cual sea nuestra historia personal, es fuente de gran gozo y consuelo saber que **Dios es nuestro Padre y la Iglesia nuestra Madre**: Es un don maravilloso del que nadie está excluido, pero al que nadie está obligado: porque Dios es Amor, no quiere imponerse, o ser soportado, y por su amor, en cambio, desea solamente ser amado.

Además nosotros, de la Familia Salesiana, **tenemos la satisfacción de tener en el cielo otro padre, ¡y qué padre!** ¡Es **Don Bosco**, un gran santo! No es poca cosa: ¡no todas las familias espirituales tienen el privilegio de tener como padre a un santo, con un corazón y una fecundidad tan grandes! **Y tenemos, además en el cielo una Madre, ¡y qué Madre!** Es la **Auxiliadora**, la Madre de Dios y de la Iglesia, la criatura más bella a los ojos de Dios y la mayor colaboradora de sus obras: a ella debemos la santidad de Don Bosco, porque Dios lo confió a Ella que le ha guiado en la vida y ha estado en el origen de toda su obra.

En el itinerario formativo de este año, orientado todo él al Congreso mariano que se celebrará en Turín al final del año bicentenario del nacimiento de Don Bosco, nuestro compromiso será el de **honrar a Don Bosco con especial atención a Aquella que le fue dada como Madre y Maestra**, que lo ha engendrado y guiado en el camino y en las pruebas de la fe, **y que él ha honrado como Inmaculada y Auxiliadora**, el reflejo más puro del amor de Dios y el miembro más santo de la Iglesia, ciertamente la criatura más feliz de la infinita felicidad de Dios, y la más fecunda de su sobreabundante fecundidad.

El acontecimiento del bicentenario debería, en primer lugar, **suscitar una inmensa gratitud en nosotros**: ¡Qué honor tener a Don Bosco por padre y a la Auxiliadora por Madre! **Y después movernos a la oración y a la misión**. Invoquémoslo así: *Querido padre, Don Bosco, concédenos la gracia de sentirte como padre, maestro y amigo; y llévanos a amar a María Inmaculada y Auxiliadora como tú la has amado, como Madre y Maestra, y enséñanos a poner en Ella, como guía en el camino y sostén en nuestras pruebas, una confianza plena y filial.*

El argumento del año está bien indicado en el título. Las tres dimensiones que lo especifican, el templo de María, nuestras casas y la convergencia de las generaciones –y en consecuencia la atención al culto a Dios, al amor familiar y a la preocupación educativa– coinciden en un único objetivo: **Hacer fermentar los afectos y madurar las relaciones en la Iglesia, en la Familia Salesiana y en la familia humana**. No es poca coincidencia que este año se celebre el Sínodo sobre la familia y el año dedicado a la vida consagrada: nos permite honrar a Don Bosco unidos en el itinerario de toda la Iglesia.

Nuestra tarea será, principalmente la de realizar el deseo de don Viganò, VII sucesor de Don Bosco, quien ante el prodigio de la Basílica y la expresión *Hic domus mea, inde gloria mea* que explicita el sentido y su destino, auguraba el desarrollo de una **“teología del templo”** capaz de explicar toda la riqueza de Gracia y de gracias que desde allí se han difundido por todo el mundo para el pueblo de Dios y para salvación de innumerables escuadrones de jóvenes pobres y abandonados.

El itinerario prevé una serie de diez catequesis, cada una de ellas, después de haber profundizado un aspecto del *multiforme misterio de la “casa de María”* en relación a nuestras casas, a nuestras familias, a los hijos y a su educación, ofrecerá cada vez *tres sugerencias operativas para imitar a María* en su *Fiat* (la fe), en su *Stabat* (la cruz) y en su *Magnificat* (la alegría), inspirados en las líneas fundamentales del Sistema Preventivo: la “razón” remitirá a **la lógica del diálogo**, la “religión” será un invitación a vivir y obrar constantemente **en la presencia de Dios** en las pequeñas y grandes cosas de la vida, la “amabilidad” nos impulsará a trabajar con **las formas concretas del amor** según el corazón de Dios.

1. La casa de María y el diálogo del amor

Comenzamos nuestro itinerario formativo partiendo de una, pero que nos sitúa inmediatamente en el corazón de las cosas y moviliza nuestra vida personal, familiar y comunitaria. Si bien se considera, existe una profunda semejanza entre **el corazón de Dios, el cuerpo de María y los muros del templo**: los tres **dan idea de la “casa” como lugar de acogida y punto de partida**, como lugar de morada y por el que actuar, lugar de donde partir y al que volver. Así es el misterio de Dios, Amor trinitario y Creador del mundo, que nos acoge en sí y nos distingue de sí para llevarnos a la comunión consigo; así es el misterio de toda madre, que nos lleva en su seno para traernos al mundo; es así el misterio del Templo en el que experimentamos la presencia de Dios para poder irradiar su gloria; y así es, de modo eminente, el misterio de María, que en la Encarnación ha sido verdaderamente la “casa de Dios”, el Arca de la Alianza, el primer Tabernáculo de la historia: en Él el Hijo de Dios ha encontrado morada en el mundo para ser su Redentor.

Por eso la realidad de la “casa” alude a la ley fundamental del amor, que es siempre **comunión y distinción de personas**. En concreto, **el amor verdadero requiere siempre afecto y respeto**, justa cercanía y justa distancia, equilibrio entre instinto de acercamiento y necesidad de alejamiento, capacidad de poseer y de renunciar, deseo de crear lazos entre las personas y atención en respetar su libertad. En este sentido, lo que amenaza el amor no es solo el desamor, sino también el exceso de amor, allí donde los lazos, aun con las mejores intenciones, ahogan la libertad, no la dejan madurar, no las abren a nuevas relaciones. Cuando no se respira libertad, el amor ya no es pertenencia, sino posesión, y cuando falta la linfa del afecto, la libertad pierde la orientación del amor y queda desorientada, sin sentido. Por el contrario, **madurar en el amor es saber estar en casa y saber salir de ella**: es vencer la tentación de cerrarse, tener la valentía de abrirse, mantenerse lejos del doble riesgo de volver a mil temores o de acumular experiencias insensatas.

Contemplemos la experiencia de Jesús que es la revelación del Amor hecha persona: precisamente en la renuncia a su vida y en la separación de sus discípulos ha demostrado un amor más grande y una vida que supera a la muerte. Y miremos a María, que ha extendido a nosotros su maternidad, precisamente pasando del *Fiat* al *Stabat*, del parto glorioso de Belén a donde la palabra fue crucificada, experimentando el desgarramiento de su corazón al perder al Hijo. Y miremos, finalmente, a Don Bosco: amadísimo de Mamá Margarita, pero enviada por ella, todavía jovencísimo, a trabajar fuera de casa, huérfano de padre, incomprendido por su hermano Antonio y privado de la ayuda y del afecto de don Calosso, asumirá la sabiduría del amor propio en la convicción de que “no basta amar”, es necesario que un muchacho “reconozca que es amado”. Y con esto basta: la partida de la educación no se juega fundamentalmente en la instrucción y en la protección, sino en el reconocimiento y en infundir ánimo, en tener una casa, una familia, una comunidad; es recibir la vida, aprender a vivir y lanzarse a la vida.

Esta es, en síntesis, la regla de la “casa”: tener una casa es **recibir la vida y aprender a vivir**, con el objetivo de construir nuevas casas y, a su vez, engendrar nueva vida. De aquí podemos sacar al menos tres sugerencias para el diálogo de amor con Dios, en familia y en comunidad.

1. Dios no es una meta inalcanzable ni un cómodo refugio: en Jesús, Dios nos ha dado a nosotros, pobrecitos, su vida y desea que también nosotros demos nuestra vida a los demás, especialmente a los más pobres. El creyente tiene claras dos cosas:

el primado de la gracia y el ejercicio de la libertad. Significa que **no se puede creer en el Dios de la vida y renunciar a vivir**: tener fe es al mismo tiempo poner la propia confianza en Dios y decidir valientemente de sí mismo. El Evangelio habla bien claro: “no el que dice Señor, Señor, sino el que hace la voluntad del Padre”, es verdadero discípulo del Reino: y no basta saber la verdad, porque solo “quien realiza la verdad llega a la luz”, y sucede entonces que “a quien tiene se le dará. Y tendrá abundancia, pero a quien no tiene se le quitará hasta lo que tiene”. Tenemos entonces que preguntarnos: ¿Cómo es mi oración, mi diálogo con Dios? ¿Sé poner en Él humildemente mi confianza y exponer valientemente mi vida por amor a los demás? ¿Sé recoger el corazón y desplegar las fuerzas, abandonarme y comprometerme?

2. En la relación entre generaciones, lo fundamental con los hijos es **dar confianza y exigir** responsabilidades, renunciando a actitudes impositivas o protectoras, y dando con convicción **testimonio adulto de un deseo vital y de un amor por la vida** que genera relaciones y obras nuevas, que multiplica relaciones de amistad y formas de solidaridad. Hay que lamentar, en cambio, el anularse ante los hijos o a considerarlos como nulidad.: nunca habrá verdadero diálogo si falta el reconocimiento y la promoción de la identidad propia y del otro.

3. finalmente, en las relaciones comunitarias, la ley del Templo, en el que se recibe el amor de Dios para usar e irradiar caridad, exige **que no se separe comunión y misión**, identidad cristiana y entrega al mundo. Es la indicación autorizada y apasionada del papa Francisco en su hermosa carta apostólica sobre la alegría del Evangelio: la Iglesia en todas sus expresiones, en las más íntimas como en las organizativas, nunca debe perder la intención y el aspecto misionero. Escuchemos y atesoremos sus mismas bellísimas palabras: “La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante y la comunión esencialmente se configura como comunión misionera...la reforma de las estructuras que exige la conversión pastoral, solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras... El objetivo de estos procesos participativos no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos” (*Evangelii Gaudium* 23.27.31).

PARA LA REFLEXIÓN

Volvamos a leer el tema, despacio y comentando cada párrafo, ¿qué me dice? Lo comparo con mi vida.

¡Oh María, Virgen poderosa!

¡Oh María, Virgen poderosa!

¡Tú, eficaz y potente defensa de la Iglesia;

Tú, maravilloso auxilio de los Cristianos;

Tú, terrible como un ejército en orden de batalla:

Tú sola has destruido todas las herejías en el universo mundo!

Defiéndenos del enemigo en las dificultades, luchas y necesidades de la vida

y en la hora de la muerte acoge nuestra alma en el Paraíso!

Amen